



EL

# CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periodico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Articulos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instruccion: por D. A. Pirala.—El Otoño (poesia), por doña Maria del Pilar Sinués de Marco.—Historia: Juana Grey (continuacion).—Lola (continuacion).—Teatros.—Modas.

## INSTRUCCION.

### *El Gusto.*

No vamos á tratar profundamente esta cuestion filosófica y tan debatida; vamos solo á consignar algunas ideas propias ó ajenas sobre el gusto, del que todo el mundo habla, y cada cual le entiende á su modo, sin embargo de que hay siempre un buen gusto del que participan la generalidad de las gentes.

Conocida la necesidad del buen gusto, ya sea el talento de él superior á los otros, ya una armonía en consonancia del espíritu y la razon, ya una union del afecto y del entendimiento, creemos que pende mas del primero que del segundo, y es el motivo por el que muchas veces no se puede dar razon de él, porque no se sabe porqué se siente.

El gusto es una especie de instinto, sin union necesaria entre tantos gustos que pueden ser diversos, sin ser malos.

Hay, dice un sábio, un modelo de gracias y de hermosura, que consiste en la conformidad que tenemos con la cosa que nos agrada: todo lo que está formado sobre este modelo,

nos da una sensacion agradable, que es lo que llamamos gusto. Cuál es este modelo y en que se ha de conocer, es lo que se ignora.

Hay no obstante una exactitud del gusto como la hay de sentido, y juzga aquella de todo lo que se llama gracias, afectos, decencia, finura; es un no sé qué de sábio y de hábil, que conoce lo que conviene, y sabe tomar en cualquier cosa la medida que se debe guardar.

El gusto tiene por objeto lo agradable: la hermosura tiene reglas: lo agradable no las tiene: lo hermoso sin lo agradable no puede agradar: esto corresponde al gusto, y por eso agrada mas que lo hermoso, y es arbitrario y verdadero como él.

El gusto es un no sé qué, que se siente y no se puede decir, que atrae, que une íntimamente, y que tiene un imperio muy dilatado, pues se estiende sobre todo.

Hasta ahora se ha reconocido el buen gusto como un uso establecido por las personas del gran mundo culto y espiritual; y otros creen que depende de dos cosas: de un afecto muy fino en el corazon, y de una gran exactitud en el entendimiento.

Por de pronto el buen gusto es evidente: se conoce hasta en el vestir, en todo. Es imposible que una jóven de buen gusto se presen-



te con trajes de colores ridículos, con feas conbinaciones en sus adornos.

Y no solo prueba algun talento el buen gusto, sino que se llega adquirir con la experiencia, con el trato. La persona acostumbrada á ver muchas pinturas llegará á conocer las buenas y le agradarán: las que viven en las grandes poblaciones, no pueden tener los gustos que en una aldea, donde ni tienen modelos que imitar, ni cosas en que ejercitar su buen gusto: este estará embotado en su mente, y solo le lucirán en lo que esté á su alcance.

Desde los primeros años se debe cultivar el buen gusto de las jóvenes: no escitar su emulacion y vanidad, sino su entendimiento y afecto; y aunque parezca insignificante á muchos este ramo de la educacion é instruccion de la juventud, nosotros le creemos de gran importancia, porque en la sociedad se juzga, y con razon, á las personas por su buen gusto, y éste se nota en el traje, en los sentimientos, en las palabras, en todo lo que á uno le pone en evidencia.

Juzgue, pues, si es cuestion inatendible la del buen gusto.

*A. Pirala.*

## LITERATURA.

### EL OTOÑO.

Venid á resbalar sobre mis sienes  
Aladas brisas, de perfumes llenas,  
Y refrescad la mente enardecida,  
Que busca inspiracion, triste é inquieta;  
Las abrasadas horas que se huyeron,  
Su fuego inocularon en mis venas,  
Y fatigando al alma la dejaron  
A fuerza de sentir, cansada y yerta.  
En ella imprime el ardoroso Estío,  
Su vivo soplo, y su candente huella,  
Mas se rinde á letárgicos ensueños  
En los últimos dias que nos quema.

Por eso son rocío de mi mente  
Las brisas del Otoño lisonjeras,  
Y un intenso placer transmite al alma  
El rumor triste de las hojas secas!

¿No es esta la estacion que patentiza

del Dios del cielo la bondad inmensa,  
Cuando da el árbol su sabroso fruto,  
Y sus rubias espigas da la tierra?  
Ah! con cuánta emocion veo los campos  
A la luz del crepúsculo, que incierta,  
Se va escondiendo trás los altos montes,  
Mientras luceros mil bordan la esfera!  
¡Con cuán dulce placer oigo los cantos  
Del pobre labrador que en la pradera  
Guia en el trillo los cansados bueyes,  
Y vé al fin compensadas sus tareas!

A mí me es grato en la floresta umbría  
El contemplar las flores postrimeras,  
Cuyos perfumes son mas penetrantes  
Y su vida tambien mas duradera.

A mí me es grato ver en esas tardes  
Como vierte la fuente blancas perlas,  
Que dan riego á las ténues yerbecillas  
Que brotan cariñosas en sus grietas.

Me es grato, entre los árboles del bosque  
Buscar el tronco de la encina vieja,  
Dó la tórtola anida sus hijuelos  
En su lecho de grama y hojas secas.  
Y me es grato tambien ver en los cielos  
Plomizas nubes que de nieve llenas,  
El aterido invierno nos anuncian  
Rodando presurosas por la esfera.

¿Qué importa que el Otoño melancólico  
Mi juvenil espíritu entristezca,  
Si el corazon es todo sentimiento,  
Si esencia de mi ser es la tristeza?  
¿Qué importa que sus nubes simbolizen  
El Otoño fugaz de la existencia,  
Si trás las nubes de la humana vida  
Dios nos guarda en el cielo gloria eterna?  
¿Qué importa que en las hojas de los árboles  
Que por los aires desprendidas vuelan,  
La imágen de mis muertas ilusiones  
Para lo venidero acaso vea?

¡Ah, nada! que yo admiro del Eterno,  
En cuanto existe, la potente diestra,  
Y esta estacion tambien cual la pasada  
Está de encantos y emociones llena.  
Yo colgaré mi lira de los árboles  
Que el viento ha desnudado en la floresta,  
Y al herirla las brisas del Octubre  
Canciones os dará dulces y bellas!

Y cuando goce el sueño el mundo todo,  
Fatigado tal vez de sus cadenas,  
La voz de la cantora hasta los cielos  
Libre se elevará, pura y serena,  
Para decir á Dios:—¡Rey de los mundos,  
Tu sábia creacion, bendita sea!

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.



## HISTORIA.

JUANA GREY.—(Continuacion.)

## VIII.

Nortumberland salió en el acto precipitadamente. Sus hijos le siguieron.

Guilfort y la duquesa procuraron á fuerza de cuidados, de caricias, y de palabras cariñosas reanimar á Juana.

Tan pronto como volvió en sí, la comunicaron que debía trasladarse aquella mañana á Durham-House, residencia del duque de Nortumberland en Lóndres, y desde allí á la Torre, donde debía permanecer hasta su coronacion.

Resignada ya Juana con todo cuanto pudiera sobrevenir no opuso la menor resistencia, y como si careciese de voluntad propia se dejó guiar completamente por la de los demas.

A las dos de aquella misma tarde Juana apoyada en el brazo de Guilfort, se apeaba en la anchurosa escalera de Durham-House. A los dos lados y en actitud respetuosa se colocaron todos los criados y dependientes con lujosas libreas.

Las culebrinas y falconetes de aquel palacio ciudadela la saludaron con repetidas salvas, que fueron contestadas por la artillería de la Torre, y tanto en uno como en otro edificio el viento hacia ondular la bandera real.

A aquella señal todas las campanas rompieron á vuelo, adornáronse los balcones de vistosas colgaduras, empavesáronse los navíos, y los heraldos salieron publicando á són de trompetas por todas las calles y plazas que Lady Juana Seymour, nombrada por el Rey heredera de la corona, iba á dirigirse á la Torre, segun la costumbre establecida. El pueblo que se agolpaba en los sitios donde se hacia la proclamacion, la escucha, sin embargo, con un silencio demasiado elocuente, protestando con él contra semejante usurpacion.

Nortumberland era aborrecido de todos: de los nobles por su arrogante altanería; del pueblo por su ambicion insaciable, y como este es siempre exagerado y ciego, lo mismo en su odio que en su entusiasmo, le achacaba ademas de sus defectos, no pocos crímenes, entre los cuales se contaba el envenenamiento del último Rey.

Por estas razones, los habitantes de Lóndres veían no solo con disgusto que el cetro pasase á la familia de Nortumberland, sino con una especie de

terror, porque no ignoraban que no seria Juana mas que un instrumento de que se valdria para la realizacion de sus designios. Ademas las persecuciones ejercidas por él, en contra de las dos princesas hijas de Enrique VIII, le habian granjeado tanta aversion, como á ellas simpatías, y el pueblo se negaba á reconocer mas autoridad que la de María.

## IX.

Nada de cuanto ocurría en la ciudad se ocultaba á la perspicacia de Nortumberland, y acaso temiendo que aquella muda protesta no se convirtiese pronto en una demostracion hostil, entró en la habitacion destinada á su hija para recomendarla la mayor actividad en su tocador.

En cumplimiento de sus órdenes (que no otra cosa eran), Juana se contentó con poner sobre su vestido de raso blanco con flores de plata, que habia elegido por la mañana para esperar á Guilfort, un manto carmesí cuajado de perlas y pedrería. Un collar de perlas de extraordinario tamaño rodeaba su cuello blanco como el de un cisne: sus brazos torneados, cual los de una estatua griega, ostentaban brazaletes de inestimable valor. Una corona de pedrería sujetaba las gruesas trenzas de sus cabellos, que caían enlazadas al rededor de su garganta: de la misma corona pendía un pequeño velo de gasa de plata, cuyos lijeros pliegues agitados por el viento, hacían aparecer aquella encantadora cabeza como rodeada de una aureola luminosa.

Los poetas en sus sueños, los pintores en sus momentos de inspiracion, no han podido jamás encontrar nada mas hechicero, nada que personifique mejor la belleza ideal que Juana en ese dia.

## X.

Durham-House tenia, como otros varios palacios situados junto al Támesis, una puerta que daba al rio, y cuya escalinata servía de embarcadero.

A las dos en punto se abrió de par en par.

Una multitud compacta, inmensa, se agolpaba en ambas orillas, con esa curiosidad ávida é inquieta que acompaña á todo lo que lleva trás sí un acontecimiento trascendental y grave.

Apoyada en el brazo de Dudley, y medio sostenida por él y por Nortumberland, Juana apareció en lo alto de la escalinata. Estaba pálida en extremo. La sonrisa que se dibujaba en sus lábios parecia mas bien un esfuerzo de su voluntad, que el placer del orgullo satisfecho.



Su aire de candor, su belleza casi divina, y su juventud, escitaron primero un sentimiento parecido á la compasion, luego el del entusiasmo.

Juana dirigió una mirada triste y casi de terror á aquel pueblo que la rodeaba en actitud silenciosa. Pero ¡ay! ese grito entusiasta en que prorumpen la muchedumbre al aclamar á sus soberanos, esas palabras casi tradicionales: *Larga vida á la Reina!* con que los ingleses hubieran debido saludarla, y que equivalen á nuestros *vivas*, Juana no las oyó.

Turbada y trémula, se deslizó por la alfombra escalinata, sin apoyar apenas en ella sus delicados piés. Parecía que sus fuerzas iban á abandonarla.

Su madre, la duquesa de Suffolk, llevaba la cola de su manto. A su lado iba una comision del Consejo y todos los grandes dignatarios de la Corona.

El duque de Nortumberland la dió la mano para entrar en la barca, que se alejó pausadamente de la orilla, saludada por las bandas de música que tocaban la marcha real, y el incesante rumor de las campanas de todas las iglesias, mientras los cañones de la Torre de Durham-House y de los navíos que se mecían sobre las aguas del Támesis, parecían dominar con sus roncadas detonaciones todos los demas ruidos.

El sol, que tan claro y brillante habia visto Juana aparecer en sus jardines de Sion-House, empezó á oscurecerse tiñendo todos los objetos con ese color pálido y triste que precede á la tempestad: el cielo que tan azul y tan puro habia contemplado aquella misma mañana, se cubrió de nubes negras, entre las cuales por intervalos se veía brillar la deslumbradora claridad de los relámpagos. Al ronco estampido de los cañonazos respondia la tempestad con el sordo retumbar del trueno. A aquellas músicas, á aquellas demostraciones de público regocijo, á aquella pompa verdaderamente régia, parecia corresponder el cielo con señales de enojo, como si el cielo mismo protestase contra tamaña usurpacion.

El corazon de Juana se oprimió dolorosamente creyendo ver en aquel cambio un aviso providencial, un emblema de su destino. Miró en torno suyo para ver si entre tantas miradas radiantes de alegría, no encontraba una al menos á quien poder comunicar lo que sentía... pero no la halló!

Guilfort, ébrio de felicidad, la mostraba sonriendo sus cifras enlazadas sobre las cuales brillaba la corona real.

La lluvia empezó á caer en pesadas gotas, y Juana para evitarla, quizá tambien para ocultar su semblante á los ojos de la curiosa muchedumbre, corrió las cortinas de púrpura de su barca.

No tardaron en distinguir las sombrías murallas de la Torre, palacio á veces y prision otras de tantos reyes y nobles de Inglaterra! Por un movimiento de indefinible terror Juana se echó hácia atrás.

Dudley la miró con asombro.

Juana procuró reprimirse, y le tranquilizó con una graciosa sonrisa.

Poco despues apoyaba su mano en la que Guilfort la ofrecia para saltar en tierra.

## XI.

Todos los empleados de la Torre, y Lord Clinton, su gobernador, la esperaban á la puerta. Aquel al presentarla las llaves en una bandeja de plata, la dirigió un discurso felicitándola por su advenimiento al trono, en lo cual, añadió, se hacia el eco de los sentimientos que animaban á la nacion entera. Luego volviéndose hácia sus compañeros:

—¿Reconoceis á lady Juana Grey por vuestra legítima soberana? les preguntó.

—Sí! respondieron todos á una voz.

—¿Quereis, repuso Lord Clinton, serle fieles como á tal, y defenderla hasta derramar por ella la última gota de vuestra sangre?

—Lo juramos! lo juramos! prorrumpieron unánimes.

Juana respondió con algunas palabras de benevolencia, á las cuales supo dar la oportunidad y expresion necesarias para excitar aun mas el entusiasmo de sus partidarios.

Seguida del brillante séquito que la acompañaba, de lord Clinton, y demas empleados de la Torre, se dirigió la jóven reina á la régia estancia, preparada de antemano para recibirla.

Allí la esperaba el lord Tesorero, marqués de Winchester, que la presentó la corona real sobre un cojín de terciopelo carmesí con borlas de oro.

Desde aquel momento, los temores que tanto la habian atormentado durante el dia se desvanecieron. Juana aceptando ya su elevacion, se creyó segura. La alegría delirante de su familia, las demostraciones de sumision de cuantos la rodeaban, concluyeron de tranquilizarla por completo.

Juana llegó al salon del trono: Nortumberland la dió la mano para subir, y bajó á situarse respe-



tuosamente al pié de las gradas. Dudley se colocó sobre la primera, á la izquierda de su esposa.

Entonces el obispo de Londres, el lord Canciller, los lores del Consejo y del Parlamento, todos los grandes funcionarios del Estado, todos los miembros de las familias de Suffolk y de Nortumberland, y los Embajadores de las potencias extranjeras, fueron pasando sucesivamente por orden de categorías delante de la joven soberana, cuya mano besaron respetuosamente.

Juana tuvo para cada cual una palabra oportuna ó afectuosa: habló á todos los Embajadores, dirigiéndose á cada uno en su propio idioma; á sus parientes con mas afecto que nunca; mostróse en fin, con la dignidad que exigía su posición y la modesta sencillez propia de su carácter.

(Se continuará.)

DOLORS CABRERA Y HEREDIA.

## LOLA.

(Continuación.)

Cuéntase que un amigo íntimo de M<sup>me</sup>. de Maintenon la decía: El amor no ha sido bastante para perderos, señora, el odio lo conseguirá.

Así debía suceder á Lola, cuyo carácter vengativo era capaz de aquel odio profundo, que germinando una vez en el corazón de una mujer no se estingue jamás.

Con talento, adornada de gracias personales que hacia resaltar el buen gusto adquirido en sus ocupaciones de todos los días, fácilmente se concibe que no faltarian á Lola adoradores. Sabia, empero, despedir muy atentamente á los que no la convenian, y coqueta por cálculo mas que por inclinación, entretenia á alguno que no la era indifente, dejándole conocer con una severidad, mas natural que estudiada, que perdía completamente su tiempo si no venia por el camino derecho.

Uno de estos era D. Félix de Acuña, hijo de una familia distinguida, que fino, obsequioso, y con los recursos que le daba su posición social, se creyó por un momento capaz de vencer aquella virtud de modista. La fría, la impasible Lola, se prendó tambien del apuesto doncel, pero fiel á sus propósitos, al mismo tiempo que procuraba aprisionarlo mas y mas en sus redes, le hizo entender que no sería dueño de su corazón sino cuando lo fuese de su mano.

Hasta aquí su papel habia sido fácil, pero echaba mal la cuenta sin la huésped. Félix no era libre en su elección: su familia le tenia contratada una alianza ventajosa. Su orgullosa madre por nada en el mundo habria admitido como hija á una pobre costurera.

La generalidad de los padres reprenden con acritud á los hijos sus imprudencias amorosas, el de Félix, hombre de mundo y de experiencia, obró con mejor acuerdo. Sin decirle una palabra, lo metió en una silla de posta y se lo llevó consigo á Italia. Los viajes forman la juventud, la distraen, y la ausencia es el mejor remedio de los amores lijeros.

Lola llevó este golpe con firmeza.

—Él me ama, se decía, no podrá olvidarme, y su mismo padre temeroso de perderlo, lo traerá á mis brazos, suplicándome que le salve la vida.

Las primeras cartas de Félix fueron tiernas y apasionadas: la pena le mataba, la vida le era insupportable. En las siguientes se ocupaba ya de la belleza de los países que recorría, de la magnificencia de las ciudades que visitaba. Poco á poco se hicieron menos frecuentes, y por fin dejaron de venir. Lola, un poco desconcertada, atribuía esta falta á la vigilancia del padre que las interceptaria.

No tardó mucho tiempo en saber que Félix estaba de vuelta, y acababa de casarse con una rica heredera.

Lola habia sido atrozmente engañada: la destreza de un padre insensible habia sido mas poderosa que la fuerza de un primer amor. No dudaba ella que presentándose inopinadamente á la vista de Félix, el atractivo de sus miradas, su mágica voz de Sirena, tan seductora en el círculo de sus adoradores, ejercerian un influjo irresistible en el corazón del ingrato, y volvería á sus cadenas; pero para esto tenia que hacer traición á su conciencia, renunciar á la buena reputación que habia adquirido á costa de tantas privaciones, y para qué? para encontrarse despues de algunos meses de locura en el abandono y el remordimiento. Por otra parte, la infidelidad de Félix la habia curado de su amor: ya no le amaba, ó por lo menos así lo creía: le despreciaba, ya no soñaba en amores, no pensaba mas que en la venganza.

—Es menester, se decía, que se acuerde de mí toda su vida, que me tenga á la vista continuamente, haciendo la felicidad de otro.

Entre el círculo de sus pretendientes se decidió por Enrique.

Este casamiento no se hizo, sin embargo, sin algunas dificultades. El tío de Enrique se opuso



sériamente á la que él llamaba, acaso con razon, locura de su sobrino, y declaró, sin rodeos, que tendria que optar entre renunciar á Lola ó perder su cuantiosa herencia. Enrique mas enamorado que Félix prefirió el amor á la fortuna.

—Qué me importa un millon? decia él á su amada; cuando seas mia para siempre, me creeré el hombre mas rico del mundo.

Lola, mas positiva, no era completamente del mismo parecer, pero pensaba que una vez casada, ella veria al tio, y tenia demasiada confianza en su talento y atractivo para no esperar, que mas ó menos tarde concluiria el viejo por amar á su encantadora sobrina.

La nueva esposa amaba á su marido otro tanto como aborrecia á Félix. Una sola cosa le faltaba y era, hacer testigo al ingrato de la felicidad de su rival: la ocasion no tardó en presentarse. Se ocupó un cuarto en la misma casa en que vivia Félix con su esposa, en la calle de Alcalá. Lola lo hizo tomar y se instalaron allí.

Enrique ignoraba los primeros amores de su mujer, y los meses que vivió en aquella casa fueron los mas felices de su vida. Amábala con pasion, y ella empleaba para agradarle cuanto la imaginacion puede sugerir á una mujer, tan astuta como bella. Enrique era desconfiado y celoso, ella no recibia á nadie: encerrada en su gabinete como una odalisca en el harém de su señor, parecia que esperaba su vuelta para renacer á la vida. En su ausencia no respiraba sino por él. Recostada en su butaca, decia ella, solo pensaba en el hombre á quien todo lo debia: la fortuna y la felicidad. Sus únicas ocupaciones eran un bordado, que continuamente se escapaba de sus dedos distraidos, y Mizilda, hermosa gata de angola, cuyo suave y largo pelo igualaba la blancura del cisne, que con sus monadas hacia las delicias de su ama.

—Qué feliz soy, decia Enrique, no tengo mas rival que Mizilda, y aun ésta es tan atenta que me cede el puesto así que me vé venir; y hasta creo que se iria á cazar ratones por no incomodarme, sino le pareciese esta ocupacion degradante para una gata de salon.

La atmósfera que se respiraba en el piso mas abajo no era tan amorosa. Félix se habia casado por obedecer á su padre, y su esposa porque así lo habian dispuesto los suyos. Era un matrimonio de conveniencia, que vivia en armonia pero con frialdad.

Como lo habia previsto Lola, la pasion de Félix se habia reanimado con la proximidad. Él sabia por los criados que aquel matrimonio vivia en la

mas perfecta union, pero no quería dar fé á lo que tanto heria su amor propio y encendia sus celos: Lola le habia amado, le amaba sin duda todavía, y era de ello una prueba evidente el haberse atravesado en su camino, viniendo á vivir en la misma casa. Era preciso acercarse á aquella mujer amante, pero ofendida, é implorar su perdon, haciéndole ver la violencia con que la autoridad paternal le habia hecho contraer unos lazos que detestaba. El intentarlo no era cosa muy difícil, porque Enrique, exacto en el cumplimiento de su deber, pasaba las dos terceras partes del dia en la oficina.

Presentóse, pues, en casa de Lola una, dos y tres veces, y siempre se le negó la entrada.

—Soy un necio, dijo para sí; esta obstinacion en no querer recibirme, ó es porque me teme, ó mas bien por indicarme el camino que debo seguir. Cuando uno quiere acercarse á una mujer, el medio mas á propósito es el marido. Es cosa sabida.

Al otro dia se presentó en la mesa de Enrique con el pretexto de enterarse de un asunto que dijo interesarle, y aquel le satisfizo con la mayor atencion. Creyóse con esto autorizado para pasar al dia siguiente á dar las gracias al complaciente oficinista.

—¿Me será permitido, dijo con un tono natural, despues de los primeros cumplimientos, ofrecer mis respetos á vuestra esposa?

Enrique hizo pasar recado á la señora, que pretestó una excusa para no salir.

No tardó en volver la visita á su vecino: estuvo frio y reservado, rogándole de parte de su esposa la excusase por no haberle recibido, pues se habia propuesto hacer una vida retirada.

Félix no se desalentó. Ganaremos tiempo, dijo para sí: los griegos gastaron diez años en el sitio de Troya, y el premio del vencedor fué la famosa Elena, esperemos pues; y aparentó no apercibirse de la frialdad de su vecino.

Acertó entonces á entrar en el salon Sultan, soberbio danés, su perro favorito, y como Enrique fijase en él la vista.

—Apostaria á que sois cazador, le dijo. Aquí teneis á mi Sultan, el perro mas diestro de toda la comarca: si quereis pasar un buen rato, hacedme el gusto de acompañarme el dia que gustéis á un soto que tengo en el monte de Boadilla.

Sultan miraba á Enrique con ojos irritados, le enseñaba los dientes, y no parecia muy dispuesto á ponerse á las órdenes del jefe de seccion.

Enrique le dió las gracias con frialdad, tomó su sombrero y se despidió.

Decididamente quedaban enemistados.



Félix no podía contener su despecho.

—Ella ama á este hombre, decia: le habrá contado la pasion que la tengo, y como sabe lo que pasa en mi corazon, los dos se gozan en mis sufrimientos y se rien de mi loco y despreciado amor.

(Se continuará.)

AMADEO.

## TEATROS.

### I.

El primer lugar de nuestra breve revista corresponde hoy á la compañía francesa, que inauguró sus tareas la noche del viernes último en el teatro de *Lope de Vega*.

De las funciones dadas hasta ahora, la que mas agrada es, sin duda, la compuesta de las comedias *Un protégé* y *La fille terrible*: la primera está llena de graciosísimas alusiones á la respetable Academia francesa, que logran escitar la hilaridad de los que lo entienden, y la segunda es una de esas creaciones de los autores franceses, escritas con lijereza y chiste, y plagadas de ingeniosos calembours. El drama de Alejandro Dumas (hijo) *Le Demi monde*, se recomienda por sus bellos pensamientos y por sus buenas situaciones; sin embargo, es obra puramente de localidad, lo mismo que la *Bourse* de Pousard, que actualmente se ensaya.

### II.

El señor Breton de los Herreros, nuestro primer autor dramático contemporáneo, ha dado al Coliseo del *Príncipe* una piececita en un acto titulada *Por una hija*, que no dudamos en calificarla de verdadera perla del teatro moderno. Sencilla verdad, moralidad profunda, y lenguaje modelo halla el público en esta obra, cuyos primeros papeles interpretan perfectamente la señora Rodriguez y el señor Osorio.—Recomendamos la lectura de *Por una hija*, impresa, si no recordamos mal, en el tomo del *Museo de Familias*, correspondiente al año 1854.

En el mismo teatro se ha puesto en escena el conocido drama, aunque hasta ahora no representado, del Sr. Diaz, *Cárlos IX* y *los Hugonotes*. El éxito ha sido tan satisfactorio como esperaban cuantos conocen el talento del autor.—El poema es una obra completa, perfectamente concluida, y abundando en bellezas de primer orden, á que el público no puede mostrarse indiferente.—Si los estrechos límites de este periódico no nos lo impidieran,

de buena gana pondríamos á continuacion alguno que otro trozo de magníficos versos, que colocan al señor Diaz legítimamente entre los mejores poetas. La ejecucion del drama ha sido buena en general, y felicísima por parte de la señora Rodriguez y el señor Osorio.

Se anuncia en el mismo para la próxima semana el drama fantástico-religioso, del insigne Calderon de la Barca, *La Cruz en la Sepultura*, que creemos no se ha representado en Madrid desde los tiempos de su autor.

En el *Circo*, *La Bola de nieve*, *La Mogigata*, y otras producciones conocidas, hacen el gasto hasta que se estrene la nueva comedia del señor Rubí, *Mejor es creer*.

En el de la Zarzuela, *El Postillon de la Rioja*, *El secreto de la Reina* y *El Sargento Federico*, todas novedades del año pasado. La compañía de este teatro recibe nuevo refuerzo con la señorita Ramirez, que al fin parece decidida á cantar este año, y la señora Santa María y el señor Font.—La señora Valentin ha gustado mucho en *El Secreto de la Reina*.

El de *Tirso de Molina* se ha inaugurado bajo buenos auspicios, siendo muy aplaudida la señorita Ponce en *Cupido y Marte*, bonita zarzuela en un acto, de los señores Bremon y Velasco. *El dueño del meson*, del señor Frontaura, música del citado Velasco, ha agradado mucho, distinguiéndose en la ejecucion la señora Bardan, las señoritas Bagá y Vargas, y el señor Blasco, tenor nuevo en Madrid, que demuestra poseer muy buenas cualidades de artista. *El novio de China*, comedia del segundo de los citados autores, entretiene al público. Auguramos buen resultado á la empresa de este coliseo, si sigue como ha empezado.—Segun anuncia pondrá en escena inmediatamente las zarzuelas *Donde las dan las toman*, *Un viaje al infierno*, y *Una suegra á tiempo*.

### III.

En el *Teatro Real*, el mas favorecido este año, se ha cantado últimamente *La Sonámbula*, consiguiendo una ovacion completa la señora Ortolani; el señor Benedetti estuvo poco acertado. Se prepara *El Trovatore* y *Hernani*; en ambas se ha encargado la señora Rosina Penco de la parte principal.

Para las *Visperas Sicilianas* se están haciendo cinco decoraciones y todo el vestuario nuevo: los bailables se están ensayando.—Vale.

ADAN.



## MODAS.

Los últimos días de Octubre con sus nieblas matutinas, con las frescas brisas de sus tardes, nos anuncian el próximo fin del buen tiempo. Contadas personas continúan aun su escursión veraniega, detenida solo por los últimos trabajos de la vendimia. Como traje de despedida de la vida campestre, citaremos uno de seda color de rosa, con tres volantes; sobre él, y como la capa blanca de un pastor de los montes, se coloca una *pelisse* de muselina, cuyo alto forma canesú fruncido al través y cortado por entredoses, entre los que se pasa una cinta rosa: otro follado correspondiente termina en el bajo este ligero abrigo. Un sombrero de paja, también á lo pastora, completa este pintoresco traje campestre.

Entretanto la vida de las ciudades se anima en esta deliciosa estación que disfrutamos. Para paseos á los almacenes, nada mas elegante ni sencillo que un vestido de grós negro, de hechura de rendigote, adornado en su delantera, de alto á bajo de una hilera de botoncitos de seda, y manga de dos huecos con un volante. Ningun abrigo mas á propósito para este traje que un chal de cachemira, ni sombrero mas propio que uno de paja de Italia, con pluma negra y cintas á cuadros, blancos y color de caña.

Y verdaderamente los almacenes de la capital, especialmente los de la calle de Espoz y Mina, bien merecen una visita. Nunca hemos visto mayor surtido, mejor gusto, ni mas riqueza y suntuosidad en las telas que esponen á la vista. Nos sería imposible hacer su minuciosa descripción.

Los trajes de calle no presentan gran novedad en las hechuras, sino su larga aldeta á lo Luis XIII: los de soaré se hacen ordinariamente de talle redondo, con muchísimo vuelo y formando por detrás un poco de cola. Se necesita indispensablemente una enagua bien almidonada para sostener este débil y ampuloso edificio de tafetan ó muaré, y decimos una enagua, porque nada hace peor efecto que el número prodigioso de estas prendas que algunas usan.

Como el peinado es una parte integrante de nuestros adornos, creemos que nuestras lectoras verán con gusto los apuntes que siguen:

Nuestro apreciable colega *Le Moniteur de la Mode*, recomienda un aparato para sacar la raya del pelo, inventado en París por Mr. Croisat, con el nombre de *Separateur des cheveux*.—Separador de los cabellos.—Recomendándolo también nosotros á nuestras suscriptoras hemos creído que no las desagradará su descripción y diseño, no solo como curiosidad artística, sino también como objeto de buen uso y de utilidad.

Este sencillo aparato, que puede encerrarse

en un estuche pequeño, está reducido á una regla estrecha, con una charnela en su centro que permite doblarse, para sus diferentes aplicaciones, y como se representa en el diseño con el número 2. Aunque no lo dice aquel periódico, debe ser de cuero, ó de otra materia flexible que se acomode á la figura de la cabeza. Para que pueda comprenderse mejor su uso lo representa el grabado en sus diferentes aplicaciones.

*Raya recta de adelante.*

Para separar los cabellos en línea recta en el medio de la cabeza se dobla el aparato, como se representa en el grabado con el núm. 1, y se coloca en la cabeza, como aparece en la figura que lleva el mismo número, doblándolo suavemente y sujetándolo con la mano izquierda en la frente para que se acomode á la forma redonda de la cabeza: hecho esto se toma un punzon, ó acaso sea mejor un batidor, con la mano derecha, é introduciéndolo por la hendidura que forma el aparato doblado se va separando el pelo de arriba á abajo.

*Raya transversal.*

Después de peinar bien el pelo á los dos lados, hácia abajo, para que pierda el vicio de la anterior raya, se coloca el separador, recto, como se indica en el núm. 2, á la distancia que se quiera hacer la nueva, atando en la barba las dos cintas que se ven en sus extremos, sujetando el instrumento con una mano, y haciendo la separación con la otra, como indica la figura 2.

*Raya transversal de pico.*

Esta se obtiene disponiendo el separador en ángulo obtuso, como se marca en el núm. 3 del dibujo, y practicando la misma operación que en las anteriores, según indica la figura núm. 3.

*Raya llamada á la Emperatriz.*

Este modo de dividir el cabello, se adopta mejor que ninguno á el peinado de bandós dobles, que es el que hoy goza de mas favor. Se hace como la raya llamada *de pico* ya explicada, con la sola diferencia, que debe hacerse primero en la que ahora nos ocupa la raya de delante, la cual debe ser bastante ancha, y después se prepara el separador en ángulo agudo, tal como le presenta el núm. 4 del dibujo; se arquea un poco y se coloca en el lugar que le corresponde, como se ve en la fig. 4, haciendo la división en dos tiempos y cambiando el punzon de mano para cada lado.